



El No al ALCA diez años después

La Cumbre de Mar del Plata y la integración
latinoamericana reciente

Julián Kan (compilador)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilel Marcelo Topuzian
Vicedecano Américo Cristófalo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	María Marta García Negroni Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Colección Saberes

Ilustración de tapa: Lucas Quinto

Maquetación: Nélica Lidia Domínguez Valle

ISBN 978-987-4019-18-9

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2016

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Kan, Julián

El No al ALCA diez años después : la Cumbre de Mar del Plata y la integración latinoamericana reciente / Julián Kan ; compilado por Julián Kan. - 1a ed

. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2016.

238 p. ; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-4019-18-9

1. América Latina. 2. Historia Contemporánea. 3. Cooperación Económica. I.

Kan, Julián, comp. II. Título.

CDD 338.9

Fecha de catalogación: 10/08/2016

Capítulo 4

La derrota del ALCA fue una victoria histórica para los pueblos de Nuestra América

Leandro Morgenfeld

Introducción

El primer día de enero de 2005 estaba prevista la entrada en vigencia del mayor proyecto estratégico de Estados Unidos para consolidar su hegemonía regional: el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA). Sin embargo, fue en Mar del Plata, sede de la IV Cumbre de las Américas, donde esa iniciativa fue enterrada para siempre.

El ALCA respondía a la necesidad de Estados Unidos de ejercer un dominio más acabado. Para lograr consolidar su amplio “patio trasero”, precisaba avanzar en el viejo proyecto de unión aduanera y, fundamentalmente, obturar cualquier proceso de integración alternativa como el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) o el Pacto Andino. No es casual que el ALCA fuera lanzado en el marco del Consenso de Washington (1989) y cuando Brasil y Argentina, los *gigantes* del sur, estaban iniciando un proyecto de unión sudamericana (Morgenfeld, L. 2006). El ascenso de Hugo Chávez en Venezuela, su radicalización política

y su insistencia en retomar el viejo proyecto de Bolívar, a partir de la propuesta de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), encendieron una luz de alarma en el gobierno estadounidense. Más aún, en la XV Cumbre Iberoamericana (2005), cuando se anunció la futura incorporación de Venezuela como miembro pleno del MERCOSUR. Como en los últimos dos siglos, la capacidad de Estados Unidos para establecer un dominio sobre América Latina dependía de que no se constituyera una integración regional independiente y autónoma de los mandatos de la potencia del norte. El ALCA hubiera sido un instrumento fundamental para abortar esa alternativa y para aislar a Venezuela y Cuba, consolidando la dependencia de los países latinoamericanos.

Este proyecto respondía también a la necesidad de Estados Unidos y sus capitales más concentrados de competir con los otros bloques económicos y/o políticos. Estados Unidos, con el ALCA, pretendía contrarrestar el proceso de conformación de bloques en Europa y Asia, estableciendo un área donde su hegemonía no se viera desafiada. Por su creciente déficit comercial y fiscal y por su excesivo endeudamiento, Estados Unidos necesitaba revertir ciertas tendencias económicas de los últimos años. Los sectores financieros, los grandes exportadores y las empresas estadounidenses más concentradas pretendían terminar de apropiarse de un área históricamente disputada con Europa, consolidando la supremacía del dólar y frenando el avance de nuevas potencias, como China, que estaban posicionándose en la región.

El estancamiento en las negociaciones para establecer este tratado de libre comercio no se explica solamente a partir de las contradicciones entre diferentes grupos de interés al interior de cada uno de los países americanos y de la reticencia de Estados Unidos a recortar sus subsidios agropecuarios, sino también por la creciente oposición política

en América Latina: cambio de signo de los gobiernos de distintos países latinoamericanos, sublevaciones populares, creciente movilización anti-ALCA (Foro Social Mundial, Alianza Social Continental, Cumbres de los Pueblos), y surgimiento de un proyecto de integración alternativa, en torno al ALBA, tomado como bandera por los movimientos sociales latinoamericanos. Cuando se estaban dificultando las negociaciones para liberalizar el comercio interamericano, Brasil impulsó la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), luego fue reemplazada por la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR).

La derrota definitiva del ALCA se produjo en la IV Cumbre de las Américas, el 4 y 5 de noviembre de 2005. Allí se expresaron, en principio, dos bloques. Por un lado, los países cercanos a Estados Unidos y, por el otro, Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Venezuela, que se unieron para forzar una declaración final dividida a pesar de algunas diferencias internas entre ellos.

Después del traspie en Mar del Plata, Estados Unidos debió ajustar su estrategia y optó por avanzar con los Tratados de Libre Comercio (TLC) bilaterales, negociados en forma individual con los gobiernos afines. Quedó como tarea para un nuevo presidente, Barack Obama, intentar reconstruir los lazos con la región. Pero en América Latina pareció establecerse un nuevo objetivo: avanzar en la siempre postergada integración regional, por fuera del mandato y control de Washington.

Sin embargo, como abordaremos al final de este capítulo, hoy acechan nuevos peligros. La Alianza del Pacífico, un resabio del ALCA impulsado por Estados Unidos y gobiernos aliados, está avanzando con una impronta neoliberal. Por otra parte, la Unión Europea quiere arribar a un acuerdo de libre comercio con el MERCOSUR, y encuentra interlocutores en Brasil y Uruguay, poniendo en peligro la propia viabilidad del bloque del sur. Asimismo, China negocia

acuerdos económicos bilaterales con los países de la región, profundizando un esquema extractivista que, históricamente, profundizó la dependencia regional.

¿Qué era el ALCA y qué hubiera implicado su aprobación?

Al inicio del siglo XXI, Estados Unidos, pese a ser la principal potencia mundial, se encontraba en una situación crítica y en una encrucijada. No iba a poder seguir financiando indefinidamente su déficit comercial vía endeudamiento. Su balanza comercial venía deteriorándose en los últimos años. Mientras que hacia 1980 el saldo de la misma era negativo por un monto de casi treinta y seis mil millones de dólares, hacia el año 2000 este déficit superaba la astronómica cifra de cuatrocientos cincuenta mil millones de dólares. Cuatro años más tarde, cuando debía instrumentarse el ALCA, pasaba los setecientos mil millones de dólares (Morgenfeld, L., 2006b).¹

A esto, debía sumársele un déficit fiscal alarmante, que en 2002, 2003 y 2004 osciló entre un 4 y un 4,6 % anual. El presupuesto para el 2005 tenía previsto un déficit fiscal récord de quinientos veintiún mil millones de dólares –cinco por ciento del PBI–, la mayor parte de ella se utilizó para financiar la campaña militar en Irak. La tendencia persistió y se profundizó. A principios de octubre de 2005, el Senado estadounidense aprobó un presupuesto militar para 2006 de cuatrocientos cuarenta y cinco mil millones de dólares, incorporando cincuenta mil millones más para las operaciones militares directas en Afganistán e Irak.²

1 Analizamos extensamente este proyecto en Morgenfeld, L. (2006b). *El ALCA: ¿a quién le interesa?* Buenos Aires, Cooperativas.

2 *Clarín*, 08/10/2005.

El creciente endeudamiento empezaba a preocupar hasta a los más optimistas. En octubre de 2004, la deuda pública había traspasado el límite permitido legalmente, llegando a los 7,4 billones de dólares.³ En 2000, la suma de las deudas privadas y públicas de Estados Unidos alcanzaba la suma de veintinueve billones de dólares –7,4 de deuda pública; 7 de deuda de los hogares y 14 de deuda de las empresas– (Toussaint, E., 2004: 150). En 2005, algunos indicadores económicos sumaban mayor incertidumbre a la situación recién descrita. La persistente suba del petróleo alentó el incremento de precios y, en septiembre, según datos del Departamento del Trabajo, la inflación mensual fue la más alta desde 1980.⁴ A este crítico contexto económico se sumaba una situación social cada vez más compleja. Desde la asunción de Bush y hasta mediados de 2005, cerca de tres millones de estadounidenses perdieron sus trabajos. Al mismo tiempo, más de cuarenta millones de personas carecían de seguro médico, el sistema de pensiones sufría cada vez más recortes y el mercado laboral estaba crecientemente flexibilizado. El cuadro era aún más desolador si tenemos en cuenta los escándalos financieros de principios del siglo XXI, que pusieron un cono de sombra sobre los análisis optimistas que hablaban de una recuperación de la “locomotora” del capitalismo mundial. Los fraudes por miles de millones de dólares afectaron a poderosos grupos como WorldCom, el Citigroup, Enron, Duke Energy, J. P. Morgan y Halliburton, entre otros. A esto, debían sumársele los despidos de miles de trabajadores, anunciados a finales de 2005 por Ford y General Motors.

3 *Clarín*, 15/08/2004. En los años siguientes el endeudamiento público siguió profundizándose, llegando, en 2012, a dieciséis billones de dólares y superando el PBI anual de Estados Unidos.

4 *Clarín*, 15/10/2005.

Dentro de este complejo panorama, el tema comercial era crucial. La necesidad del ALCA para empezar a revertir el creciente déficit comercial estadounidense estaba fuera de toda duda. Como declaró Robert Zoellick, el entonces representante comercial de Estados Unidos y principal negociador a favor del ALCA, “El segundo mandato de George Bush planteará una voz clara. Llevaremos el libre comercio (como lo entiende Washington, cabe aclarar) a todo el mundo, abriremos mercados, en especial, tras nuestra victoria en estas elecciones”.⁵

El ALCA respondió a una necesidad del capital más concentrado. En caso de que el ALCA se hubiera constituido, hubiera sido un impulso para el proceso de concentración y centralización ya existente, en el cual Estados Unidos era protagonista a nivel mundial. Hacia principios del siglo XXI, aproximadamente el noventa por ciento de las quinientas principales empresas del mundo estaban situadas en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón; de las diez principales, nueve eran estadounidenses; de las cien más importantes, cincuenta y siete eran de ese país.⁶ Con el desarrollo desigual y asimétrico que existía en América, la profundización del libre comercio solo hubiera permitido el avance del capital más concentrado sobre capitales menores y sobre el trabajo, que se hubiera visto en peores condiciones objetivas para pelear por sus derechos.

La política económica impulsada por Estados Unidos pretendió, en América Latina, limitar el papel de los mercados internos y de los productores domésticos, desregular sus economías, quitar las tarifas “proteccionistas” para asegurar el libre desembarco de productos y capitales estadounidenses y reducir el costo de fuerza de trabajo local.

5 Citado en *Clarín*, 19/11/2004.

6 *Financial Times*, 10/08/2002.

Todo esto, por cierto, hubiera permitido explotar en mejores condiciones a los trabajadores latinoamericanos y también a los estadounidenses. Estados Unidos intentó contrarrestar su déficit comercial –que, sumado a un contexto de bajo crecimiento, desempleo creciente y aumento del gasto público, auguraban una profundización de la crisis– accediendo al mercado latinoamericano (la mayoría de cuyas producciones manufactureras difícilmente hubieran podido competir con las estadounidenses en caso de eliminarse las barreras aduaneras); garantizando que América Latina permaneciera en el área del dólar (para frenar el avance del euro como divisa para el comercio y la actividad financiera mundial); permitiendo la liberalización de los movimientos internacionales de capital (frente a los intentos de regularlos, tras las crisis de los años noventa); avanzando sobre las licitaciones públicas latinoamericanas; consolidándose en el sector servicios; aumentando el cobro de patentes tanto de bienes informáticos como medicinales y biogénéticos y profundizando la privatización de la salud y la educación (áreas en las que el avance privatizador de la década del noventa tuvo límites por la resistencia de la población). El ALCA, y los demás tratados de libre comercio que se estaban negociando en América, era una parte vertebral de esta estrategia estadounidense.

El ALCA era, fundamentalmente, una ofensiva del capital contra el trabajo. En tanto establecía la libre movilidad de capitales y mercancías, pero no así de personas, otorgaba al capital mejores condiciones para explotar al trabajo. En este sentido, pretendía restringir, como se intentará mostrar en este capítulo, las condiciones de los trabajadores organizados para defender sus derechos. En la década de 1990, de la mano de las políticas neoliberales, aumentó el desempleo en América Latina. A esto, deben sumarse

la subocupación, la flexibilización y el trabajo en “negro”, que alcanzaban dimensiones alarmantes. Cuando el capital cuenta con mayores condiciones para operar a escala internacional y moverse libremente, más capacitado está para trasladar inversiones hacia donde mejores condiciones tenga para explotar el trabajo. En los últimos años, por ejemplo, empresas estadounidenses que se habían radicado en México por la baratura de su mano de obra, se trasladaron a China, donde los salarios eran muchísimo más bajos.

¿Cómo se lo derrotó?

La resistencia del movimiento obrero organizado a la profundización del libre comercio fue un elemento importante para explicar los cambios de posiciones de algunos gobiernos latinoamericanos en relación a su postura frente a las negociaciones y generó una base de organización y conciencia continental para avanzar en el proceso de construcción de instancias de integración alternativas.

Todavía en germen, la organización sindical a nivel continental estaba en marcha. En 1996 se formó la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur (CCSCS), que reunía a casi todas las centrales de los países del MERCOSUR y Chile (CGT y CTA de Argentina, COB de Bolivia, CUT y FS de Brasil, CUT de Chile, CUT de Paraguay y PIT-CNT de Uruguay). El objetivo de esta coordinadora era propiciar la intervención de los sindicatos en las negociaciones de los procesos de integración en marcha. Criticaban el carácter neoliberal del ALCA y proponían distintas formas de regulación estatal, sin plantear, en la mayoría de los casos, perspectivas anticapitalistas.

En Estados Unidos, distintos sindicatos se oponían al ALCA porque ya habían experimentado las consecuencias

negativas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (North American Free Trade Agreement, NAFTA). En la década anterior, muchas empresas estadounidenses se habían trasladado a México para instalar las maquilas, dado que allí el costo de la fuerza de trabajo era significativamente menor y las leyes laborales más flexibles y más fáciles de violar que en Estados Unidos. En los últimos años, distintas organizaciones sindicales estadounidenses venían pronunciándose contra esta liberalización que establecía libre movilidad de capitales y mercancías, pero no de personas. La American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO), por ejemplo, organizó una multitudinaria marcha en la última cumbre ministerial en Miami. La creciente conciencia de que la liberalización del comercio solo hubiera favorecido al capital (y en particular al gran capital concentrado) estaba llevando progresivamente a las organizaciones sindicales a unirse a sus pares latinoamericanas en la lucha por intentar frenar el ALCA.

Los sindicatos estadounidenses eran conscientes de que el ALCA hubiera podido aumentar el desempleo en Estados Unidos, como ya lo había hecho el NAFTA desde 1994. El bajo salario pagado a los trabajadores en países como México o Brasil convenía a los intereses de los grandes industriales estadounidenses, que muchas veces reorientaban sus inversiones en función de disminuir costos laborales. Instalar maquiladoras o factorías en países con mayor flexibilidad en la legislación laboral era una tendencia que, iniciada con el NAFTA, hubiera podido extenderse por todo el continente de haberse aprobado el ALCA, si este no hubiera implementado mecanismos de homologación de los derechos laborales. Los sindicatos de Estados Unidos proponían que se establecieran cláusulas para evitar el “dumping social” (la “invasión” de productos elaborados en países donde la mano de obra era más barata y donde había menos leyes

laborales y menos control de la forma en la que se explotaba el trabajo). El problema era que el “dumping social” era utilizado también como excusa por los empresarios estadounidenses para impedir que entraran productos de otros países, logrando así salvaguardar sus propios intereses. Parte del reclamo más general de los países en desarrollo iba en el sentido de que Estados Unidos dejara de lado estas medidas de proteccionismo no arancelarias.

El NAFTA mostraba algunos resultados negativos para el movimiento obrero debido al mayor poder que otorgaba al capital, en detrimento del trabajo:

... el TLCAN ha proporcionado a los empresarios la más poderosa herramienta: la capacidad de amenazar con la relocalización de la producción en México frente a las protestas de los trabajadores. Un estudio de la Universidad de Cornell en EE.UU. investigó cuatrocientos casos de protestas sindicales en el sector de manufacturas, de las cuales el 68% organizó campañas en donde se amenazó con parar la producción fabril. En estos casos, el 18% de los empleadores advirtieron que moverían la producción a otro país, especialmente a México, si el sindicato tenía éxito en su forma de lucha. (Ghiotto, 2005: 181)

El avance tecnológico y el creciente proceso de mundialización del capital otorgaban mejores condiciones para subsumir el trabajo y para controlar su poder de resistencia.

En Argentina, muchos sindicatos se oponían al proceso de “integración” tal como estaba previsto en el proyecto ALCA y planteaban que solo hubiera permitido aumentar la flexibilización y precarización laboral, tal como había ocurrido en México. La CTA era una de las organizaciones que estaba al frente de la Autoconvocatoria No al ALCA y que

participó activamente en las consultas populares que rechazaron masivamente el proyecto de libre comercio, logrando la participación de cientos de miles de ciudadanos. Además, el Instituto de Estudios y Formación de la CTA elaboró distintos documentos críticos de análisis y divulgación:

La movilidad de la mano de obra tiende a igualar los salarios. Al no estar permitida, se crea un espacio que permite al capital maximizar las ganancias utilizando y profundizando las diferencias nacionales en cuanto al nivel de ingreso de los trabajadores. En los países que conforman la Unión Europea la diferencia es del cincuenta por ciento entre el ingreso per cápita más alto y el más bajo, mientras que la diferencia entre los países latinoamericanos y los del norte, involucrados en el ALCA, donde no hay movilidad de mano de obra ni ningún mecanismo compensador, la diferencia es de veintidós veces. (Lozano y Arceo, 2002: 7)

Según la CTA, en tanto hubiera perjudicado a la industria menos concentrada, que era la que más trabajadores empleaba, un acuerdo de libre comercio como el ALCA hubiera ampliado el ejército de desocupados, subocupados y trabajadores “en negro” y “precarizados”. Esta central proponía un modelo alternativo de “capitalismo productivo”, con mejor redistribución del ingreso. También había otras corrientes sindicales, más minoritarias, que planteaban que no alcanzaba con criticar el neoliberalismo, sino que era preciso, para defender los intereses de los trabajadores, proponer una perspectiva social superadora del sistema capitalista, con autonomía de clase. Polemizando con la postura recién expuesta, planteaban que no era fácil mostrar cómo el mayor desarrollo industrial de Brasil se traduciría en mejores condiciones de vida para la mayoría

de su población, cuyo salario y condiciones de vida estaban aún más retrasados que en Argentina.

Pero no solo los sindicatos resistieron contra el ALCA. También fue fundamental la oposición de distintas organizaciones sociales y políticas. Hacia fines de la década del noventa, y en el marco de la movilización popular contra el ALCA, nació una organización que nuclearía a los movimientos que se oponían al ALCA en cada país, la Alianza Social Continental:

La Alianza Social Continental (ASC) es un foro de organizaciones y movimientos sociales progresistas de las Américas, creado para intercambiar información, definir estrategias y promover acciones conjuntas, todo ello encaminado a la búsqueda de un modelo de desarrollo alternativo y democrático, que beneficie a nuestros pueblos. La ASC es un espacio abierto a las organizaciones y movimientos interesados en cambiar las políticas de integración a nivel hemisférico y en promover la justicia social en las Américas.⁷

La propuesta para la conformación de la ASC surgió del foro de la sociedad civil llevado a cabo en mayo de 1997 en Belo Horizonte, Brasil, en forma paralela a una reunión de ministros de comercio del hemisferio, realizada en el marco de las negociaciones del ALCA. El Grupo Coordinador de la ASC estaba compuesto por organizaciones de distintos países. La red que la conformaba tenía su origen, entonces, en la coordinación que se fue construyendo entre sindicatos y ONG que, a principios de la década de 1990, se oponían al TLCAN. Esta red tuvo participación en la “batalla de Seattle” de 1999, cuna del movimiento “anti-globalización”,

7 Documento de presentación de la Alianza Social Continental. Disponible en: <<http://www.asc-has.org>>.

y, a partir de allí, presionó para incluir la temática social en las reuniones hemisféricas oficiales y organizó las Cumbres de los Pueblos, que paralelizaron las Cumbres de las Américas de Santiago de Chile, Quebec y Mar del Plata.

En la convocatoria al IV Encuentro de Lucha contra el ALCA, realizado en mayo de 2005 en La Habana, la ASC expresó el carácter plural de su convocatoria:

Llamamos a todas las fuerzas que han venido actuando en el marco de la Campaña Continental de Lucha contra el ALCA a cerrar filas en aras de esa unidad junto a los representantes y miembros de las organizaciones sociales y políticas de América; a indígenas, negros, sindicalistas, campesinos, estudiantes, pobladores, religiosos, ambientalistas, antibelicistas, defensores de derechos humanos, creadores, comunicadores, parlamentarios, artistas e intelectuales, hombres y mujeres de todas las razas y pueblos de Américas. (*Ibíd.*)

Esta convocatoria marcó el carácter amplio de la ASC, que también se expresaba en diversos ámbitos como el Foro Social Mundial (FSM), otra de las instancias de resistencia a la integración que proponía Estados Unidos a través del ALCA.⁸

En el cierre del Foro Social Mundial de 2005 hubo un grupo de intelectuales que plantearon una serie de doce propuestas con el objeto manifiesto de evitar que la su-puesta fragmentación de la agenda del FSM se convirtiera en dispersión. Las propuestas del llamado “Manifiesto de Porto Alegre” incluían algunos aspectos relacionados con las negociaciones en torno al ALCA: anular la deuda

8 El FSM 2003 se abrió con una marcha de cien mil personas contra el ALCA, la mayor realizada a nivel continental contra el acuerdo propuesto por Estados Unidos. El FSM 2005 cerró también con una marcha contra el ALCA.

externa de los países del Sur; aplicar tasas internacionales a las transacciones financieras, a las inversiones directas del exterior, a los beneficios de las multinacionales y a la venta de armas y las actividades que producían efecto invernadero; dismantelar progresivamente todas las formas de paraísos fiscales, jurídicos y bancarios; garantizar el derecho al empleo y la protección social; promover formas de “comercio justo”, rechazando las reglas de libre comercio de la OMC; garantizar el derecho a la soberanía alimentaria de cada país mediante la promoción de la agricultura familiar; prohibir toda propiedad sobre conocimientos y seres vivos, lo mismo que la privatización de los bienes comunes de la humanidad, en particular el agua; luchar contra el racismo, la discriminación, el sexismo, la xenofobia y el anti-semitismo; tomar medidas para poner fin a la destrucción del medio ambiente y la amenazas climáticas por el efecto invernadero; exigir el dismantelamiento de las bases militares extranjeras y la retirada de sus tropas de todos los países, salvo los que actuaban con permiso de la ONU; garantizar el derecho a la información de los ciudadanos, mediante legislaciones que limitaran la concentración de los medios de comunicación, garantizaran la autonomía de los periodistas y favorecieron la prensa sin fines de lucro, en particular los vehículos alternativos y comunitarios; reformar y democratizar en profundidad las organizaciones internacionales, entre ellas la ONU y en caso de que persistieran las violaciones de la legalidad internacional por parte de EE.UU., transferir la sede de la ONU a otro país. Muchos de estos puntos tenían que ver con las críticas a acuerdos como el ALCA y con la fundamentación de la resistencia para impedir la aprobación de dicho proyecto.

En Estados Unidos, además de los sindicatos y partidos de izquierda que rechazaban la integración al servicio del capital, también había grupos ambientalistas, como la

“coalición azul y verde”, que se oponían al ALCA porque hubiera desregulado la actividad económica, aumentando el deterioro del medio ambiente. Estas organizaciones presionaban para que en las negociaciones se incluyeran los problemas vinculados con el medio ambiente y la preservación de la biodiversidad. De más está decir que mientras Estados Unidos ni siquiera aceptó el protocolo de Kyoto, difícilmente iba a dejarse presionar por los ambientalistas en el marco de las negociaciones para establecer el ALCA.

Un ejemplo significativo de la creciente movilización estadounidense contra el ALCA fue la concentración masiva llevada a cabo en noviembre de 2003, cuando se realizó en Miami la reunión ministerial en la cual participaron representantes de los treinta y cuatro países que negociaban el acuerdo del ALCA. En esa oportunidad miles de sindicalistas, ambientalistas, estudiantes, campesinos, feministas, activistas por los derechos humanos y representantes de medios de comunicación alternativos le dijeron “No al ALCA” en las calles y fueron duramente reprimidos por el Departamento de Seguridad Interna de Estados Unidos.

Entre las organizaciones que conformaban la Autoconvocatoria No al ALCA en Argentina se encontraban la Federación Agraria Argentina (FAA), la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios (APYME), la CTA, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC), la Federación Universitaria Argentina (FUA), el Movimiento Ecuuménico por los Derechos Humanos, el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) y la Asociación por una Tasa a las Transacciones Financieras especulativas para Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC), entre muchas otras.⁹ La Autoconvocatoria rea-

9 Autoconvocatoria No al ALCA (2004). *Sí a la vida, No al ALCA. Otra América es posible*, (Buenos Aires: Autoconvocatoria No al ALCA). Al respecto, véanse también los artículos de Julián Kan y Florencia Socoloff de esta publicación.

lizó diversas actividades para informar a la población de los contenidos de las negociaciones y para establecer mecanismos democráticos de debate y decisión en relación con el futuro de la Argentina en el proceso de integración (entre otras actividades, organizó también un plebiscito sobre el ALCA). Se ocupó también de la organización de la Tercera Cumbre de los Pueblos, que se realizó en noviembre de 2005 en Mar del Plata, paralelamente a la cumbre de presidentes. Para este encuentro, difundieron nuevamente las razones para oponerse al ALCA: hubiera extendido al continente un tratado –el NAFTA– que ya había probado sus terribles consecuencias sociales; el acuerdo había sido elaborado en secreto (sin participación real de la sociedad civil); hubiera relegado aún más los derechos laborales y las condiciones de trabajo (como ocurrió en México tras la aprobación del NAFTA); exacerbado la destrucción del medio ambiente (por la disminución de la capacidad reguladora de los estados); puesto en riesgo la vida y la salud de los pueblos (por el avance de las patentes, con el consecuente perjuicio para la salud pública); convalidado y profundizado la privatización de los servicios sociales (transformando estos servicios, sobre todo salud y educación, en mercancías); acelerado la quiebra de pequeñas y medianas empresas y la desindustrialización del país (por el proceso de liberalización y desregulación); limitado aún más los derechos democráticos de la población (en tanto hubiera cristalizado procesos sobre los que la sociedad civil no había sido consultada); incrementado la pobreza y la desigualdad (como ya lo habían demostrado las políticas neoliberales aplicadas en los últimos años). El lema fue “otra integración, justa y solidaria, es posible”.

Muchas de las organizaciones de la sociedad civil que se resistían al ALCA planteaban que había que construir una estrategia alternativa de integración. A diferencia de la mayoría

de los gobiernos sudamericanos, sostenían que era necesario profundizar el proyecto de la Alternativa Bolivariana de las Américas, que hasta ese entonces no había sido tomado ni por Argentina ni por Brasil, que a la vez que ponían límites a las negociaciones del ALCA, no planteaban una real alternativa al proyecto de Estados Unidos.

El fracaso del proyecto estadounidense del ALCA tuvo que ser aceptado cuando no pudo aprobarse su continuidad en la IV Cumbre de las Américas, tal como pretendía Estados Unidos. Allí se expresaron, en principio, dos bloques. Por un lado, los países que firmaron la propuesta de declaración apoyada por Estados Unidos, que planteaba avanzar en la negociación de un acuerdo de libre comercio como el ALCA. Por otra parte, Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay –los por entonces cuatro miembros plenos del MERCOSUR y Venezuela, que se unieron para forzar una declaración final dividida (mientras que veintinueve países apoyaron la primera, cinco avalaron la segunda). Sin embargo, y pese al intento de diversos actores por presentar la postura de estos cinco países como un sólido “bloque antiimperialista” que defendía los intereses de las mayorías populares latinoamericanas, en realidad, es necesario preguntarse si no hay una diferencia entre las posturas de Venezuela y la de los otros cuatro países. Mientras que Venezuela sí construía un proyecto de clara confrontación con Estados Unidos, tanto Brasil como Argentina, al igual que en la Organización Mundial del Comercio (OMC), pretendían en las negociaciones continentales presionar para que Estados Unidos (y a nivel global también Europa y Japón), disminuyeran la protección a sus productores primarios, logrando así una liberalización más radical del comercio internacional. Si se les exigía la apertura de sus mercados internos, planteaban los representantes brasileros y argentinos, era indispensable que hubiera una contraprestación: que se abrieran los mercados

Europeos y estadounidenses para las exportaciones –mayoritariamente primarias o agroindustriales– de aquellos países. El proyecto del ALCA, como dijo Chávez, fue finalmente “enterrado” en Mar del Plata en noviembre de 2005.

A 10 años: los actuales desafíos de la integración regional

A partir del traspie que sufrió en Mar del Plata, Estados Unidos debió ajustar su estrategia y optó por avanzar con los TLC bilaterales:

El imperialismo ya lanzó un programa sustituto del ALCA. Esta contraofensiva promueve el reforzamiento de los tratados de libre comercio ya existentes (México y Chile), la ratificación de nuevos convenios (Centroamérica y República Dominicana) y la negociación de acuerdos semejantes (Panamá, Perú, Colombia y Ecuador). Esas iniciativas indican que solo la versión inicial del tratado o su parche posterior (un “ALCA Light”) quedaron fuera de la escena. Estados Unidos ya ha lanzado el mismo producto con un nuevo envase. Es cierto que el ALCA ha sido derrotado, pero únicamente en la desmesurada modalidad original que contemplaba “un solo tratado desde Alaska hasta Tierra del Fuego”. El gran número de acuerdos bilaterales que está suscribiendo Estados Unidos con países latinoamericanos ilustra que esta iniciativa no ha quedado sepultada. (Katz, 2006)¹⁰

¹⁰ Esta reorientación de la estrategia estadounidense en pos del libre comercio continental está abordada en: “Naufraga el ALCA, emergen los bilaterales”.

La Casa Blanca impulsa la Alianza Trans-Pacífico (ATP), con el objetivo de crear un mercado común entre las Américas (actualmente participan Canadá, México, Perú y Chile), Australia y Asia, sin China. En línea con una política exterior que mira con recelo la expansión y la competencia de Pekín (los principales despliegues militares del Pentágono se realizan actualmente en el Pacífico), la ATP cumple el doble objetivo de intentar contener y limitar la expansión económica china y a la vez lograr una suerte de ALCA remozado que contrarreste la influencia que supo tener la integración alternativa impulsada desde Caracas por el eje bolivariano. En función de los intereses de las grandes corporaciones estadounidenses, se negocia a puertas cerradas. Al mismo tiempo, movimientos sociales de todo el mundo luchan contra la concreción de esta nueva ofensiva del capital trasnacional que afectaría derechos laborales, regulaciones ambientales, acceso a medicamentos genéricos, regulaciones financieras, a la vez que impulsaría la consolidación de oligopolios y disminuiría la potencialidad de desarrollos locales.

Tanto la iniciativa de la Alianza del Pacífico como la Alianza Trans-Pacífico son complementarias y funcionales a los intereses de la Casa Blanca en América Latina. Washington busca meter una cuña en América del Sur, impulsando a los países con los que ya tiene Tratados de Libre Comercio bilaterales (Colombia, Chile, Perú) a que se unan y sean remolcados hacia la ATP.

En forma paralela, y a medida que perdió gravitación económica en la región (participa cada vez menos como socio comercial, prestamista e inversor), Estados Unidos reforzó su presencia militar: restableció en 2008 la IV Flota del Comando Sur y abrió bases militares en distintos países del continente. Con nuevas modalidades, fue asentando su poder militar y geopolítico gracias a una extensa red de bases. El fin de la Guerra fría no implicó la desmilitarización

imperial en América Latina. Se construyeron nuevos enemigos (el narcotráfico, el terrorismo o los desastres naturales) y se plantearon nuevas doctrinas para justificar este intervencionismo. Las bases, o “sitios de operaciones de avanzada”, son pequeñas, disimuladas y operan en red. Su principal función es garantizar el acceso total e inmediato de las fuerzas militares estadounidenses, pero a la vez se encargan de otras funciones: recolección de datos –espionaje–, protección de oleoductos, vigilancia de los flujos migratorios, monitoreo político de los países latinoamericanos, control del narcotráfico y, de ser necesario, acciones desestabilizadoras (Luzzani, 2012).

Luego del fracaso del proyecto del ALCA y del fortalecimiento de una coordinación política e integración regional que los excluía (MERCOSUR ampliado, UNASUR, CELAC, ALBA), Estados Unidos pretende reposicionarse en la región, a pesar de su relativamente decreciente influencia económica, del avance chino y de la profundización de las relaciones económicas sur-sur.

Nuestra América –es decir, los treinta y tres países del continente, excluyendo a Estados Unidos y Canadá–, luego de las rebeliones populares que lograron un retroceso parcial de las políticas neoliberales, inició una nueva etapa, sostenida en un crecimiento económico gracias a la demanda mundial de bienes agro-mineros (lo cual produjo una profundización del extractivismo), con mayor autonomía en la relación con la Casa Blanca. La derrota del ALCA, el ascenso de algunos gobiernos con prédicas anti-imperialistas y la constitución de instancias de integración por fuera de la dirección, otrora omnipresente, de Washington, permitieron, incluso, debatir sobre la construcción del “socialismo del siglo XXI”.

Sin embargo, Estados Unidos, aún con su hegemonía desafiada, no se resigna a perder influencia en lo que históricamente consideraron como su “patio trasero” y, en consecuencia, viene reforzando sus rasgos agresivos y guerreristas,

más allá del anunciado “deshielo” con Cuba y de las negociaciones bilaterales para “normalizar” las relaciones con la isla (Morgenfeld, 2015). Como bien recuerda Atilio Borón, la región está lejos de ser un área irrelevante para Washington, lo cual se manifiesta en su creciente presencia militar. Las luchas y guerras del siglo XXI serán por los bienes comunes de la tierra, gran parte de los cuales se encuentran en América Latina, tan apetecida también por otras potencias (Borón, 2012).

Europa, en medio de una crisis económica que amenaza el propio proceso de construcción de la Unión Europea, no está dispuesta a abandonar su influencia en una región en la que hace cinco siglos tiene una destacada presencia política, económica y cultural. Bruselas pretende reiniciar las negociaciones para el acuerdo comercial MERCOSUR-Unión Europea, a la vez que defender las inversiones de capital en la región. Madrid apuesta a reimpulsar el proceso de las Cumbres Iberoamericanas (aquel iniciado en 1991, como contracara de las Cumbres de las América alentadas por Washington) a la vez que Rajoy pretende confluir con los gobiernos derechistas. No casualmente, participó en alguna de las Cumbres de la Alianza del Pacífico, junto a sus pares de México, Colombia, Chile, Perú y otros países centroamericanos.

China, por su parte, viene avanzando a pasos acelerados en el vínculo económico con la región. Ya es un socio comercial fundamental de la mayor parte de los países América Latina y el Caribe. La relación con el gigante asiático amenaza con reconstruir la vieja dependencia con Gran Bretaña y Estados Unidos: América Latina exporta bienes primarios (petróleo, soja, cobre, hierro) y compra manufacturas. De acuerdo a la CEPAL, China ya es el principal socio comercial de Brasil, Chile y Perú y el segundo de Argentina, Cuba y Costa Rica. Además, China amplió sus inversiones directas (más de doscientos cincuenta mil millones de dólares; hacia 2015 superará

a la Unión Europea) y sus bancos se transformaron en los principales prestamistas (setenta y cinco mil millones de dólares entre 2005 y 2011), superando a Estados Unidos. Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador ya acumulan importantes deudas con China. La succión de recursos agro-mineros latinoamericanos (el veintiocho por ciento de estas importaciones chinas provienen de nuestra región) solo tiene parangón con las que el gigante asiático despliega en África.

La crisis económica mundial iniciada en 2008 impulsa a las potencias a intensificar las disputas para mantener o modificar la configuración del poder mundial. En ese contexto, América Latina y el Caribe, con un creciente mercado de consumo y una disponibilidad de bienes naturales renovables y no renovables, está en el centro de las luchas entre Estados Unidos, Europa y China, sean estas comerciales, financieras, políticas o militares. El riesgo para Nuestra América es plantear, como lo hacen viejos cultores de la teoría del “realismo periférico”, la conveniencia de avanzar en acuerdos de cuño neoliberal como la Alianza del Pacífico, establecer una alianza estratégica con el gigante asiático o firmar un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea, con características similares al ALCA. Eso implicaría consolidar la dependencia, repitiendo patrones primario-exportadores como los establecidos hace más de un siglo con Gran Bretaña. La alternativa, en cambio, debe construirse en alianza con los países latinoamericanos y con autonomía respecto a las grandes potencias, no resignándose a la conformación de un sistema capitalista mundial que genera y regenera periferias.

La derrota del ALCA hace una década, producto de la lucha popular coordinada a nivel continental, nos deja una gran enseñanza histórica y nos marca un camino a recorrer para rearmar una estrategia de resistencia y frenar el avance de los nuevos tratados de libre comercio que pretenden imponernos las principales potencias.

Bibliografía

- Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires, Luxemburg.
- Ghiotto, L. (2005). "El ALCA, un fruto de la relación capital-trabajo". En Estay, J., Sánchez, G. (coord.). *El ALCA y sus peligros para América Latina*. Buenos Aires, CLACSO.
- Katz, C. (2006). *El rediseño de América Latina: ALCA, MERCOSUR y ALBA*. Buenos Aires, Luxemburg.
- Lozano, C., Arceo, E. (2002). *¿Qué es el ALCA?* Buenos Aires, Debate Internacional/IET-CTA.
- Luzzani, T. (2012). *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires, Debate.
- Morgenfeld, L. (comp.) (2006a). *El MERCOSUR en cuestión. Integración económica e inserción internacional*. Buenos Aires, Cooperativas.
- . (2006b). *El ALCA: ¿a quién le interesa?* Buenos Aires, Cooperativas.
- . (2015). "Estados Unidos-Cuba: un giro histórico que impacta sobre América Latina y el Caribe". En *Crítica y Emancipación*, n° 12. Buenos Aires, CLACSO.
- Toussaint, E. (2004). *La Bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*. Buenos Aires, CLACSO.

Documentos

- Documento de presentación de la Alianza Social Continental. En <<http://www.asc-has.org>>.

Periódicos

Clarín (Argentina)

Financial Times (EE.UU.)